

## PREFACIO

Si tienes suerte, puedes encontrar un animal que quiera hablar contigo. Si eres más afortunado todavía, conocerás uno que dedique tiempo y esfuerzo a conocerte. Según mi experiencia, la mayoría de ellos están bastante dispuestos a charlar. También son generosos a la hora de contarte cosas.

Con ciertos animales podemos establecer relaciones estrechas. Estas no solo pueden enseñarnos mucho acerca del animal en cuestión, sino también sobre el lenguaje y sobre nosotros mismos. Otros animales tienen sus propias perspectivas sobre la vida y, si somos capaces de ver el mundo con sus ojos, este se nos antojará diferente. Muchas personas expanden sus horizontes y enriquecen sus experiencias viajando y conociendo otras culturas, pero son numerosas las culturas que esperan a ser descubiertas en cada esquina, desde las de las hormigas, las palomas y los gatos hasta las de las liebres y las vacas.

Los orígenes de este libro están en mi infancia, cuando no solo las personas sino también los gatos, los conejillos de Indias y los caballos desempeñaban un papel importante. En particular, el poni Joy, con quien viví desde los once hasta los dieciséis años, hizo que me percatara de que los humanos y otros animales podemos compartir un extenso lenguaje. A comienzos de mi edad adulta, el perro Pika me instruyó en el lenguaje de los caninos y en lo que realmente importa en la vida. Sin Pika, este libro no existiría. En la actualidad vivo con un perro y un gato, Olli y Putih, que me ayudan a pensar y a jugar.

Cuando estudiaba Filosofía, me sorprendía la ausencia casi absoluta de animales en la tradición filosófica occidental. El pensamiento se ha percibido desde antaño como una actividad propia de los seres humanos y relacionada con ellos. Pero esta concepción está cambiando; los animales están siendo objeto de creciente consideración, sobre todo en el ámbito de la ética y más recientemente en filosofía política. No obstante, el lenguaje

continúa siendo un territorio en buena medida inexplorado: la filosofía del lenguaje apenas ha prestado atención a los animales. Esto es una lástima, pues el lenguaje facilita que los comprendamos y, por su parte, los animales no humanos pueden arrojar luz sobre él. Las investigaciones sobre los lenguajes de los animales nos ayudan a ver con otros ojos tanto a estos como a nosotros mismos.

## INTRODUCCIÓN

El loro gris africano Alex conocía más de un centenar de palabras y las utilizaba para demostrar que sabía, por ejemplo, contar objetos y separarlos en categorías. Alex también gastaba bromas y empleaba palabras para influir en el comportamiento de las personas que lo rodeaban.[1] La border collie Chaser se ha aprendido los nombres de más de mil juguetes y entiende la gramática. Los delfines que viven en libertad se llaman unos a otros por su nombre. Los perros de las praderas disponen de un rico lenguaje para describir a los intrusos, y lo utilizan para señalar el tamaño de los humanos, el color de su ropa o su pelo y cualquier objeto que lleven consigo. Los elefantes en cautividad pueden expresarse con palabras humanas; y los salvajes cuentan con una palabra para «ser humano», que indica peligro. Los lenguajes de las ballenas, los pulpos, las abejas y muchas aves tienen su propia gramática. La langosta mantis se comunica usando colores y tiene doce fotorreceptores, en tanto que los humanos disponemos solo de tres.[2] Los perros, a diferencia de sus primos salvajes, los lobos, pueden entender los gestos humanos y leer emociones en nuestro rostro.[3] Los titíes se van turnando en la conversación y enseñan la misma destreza a sus crías.[4]

Desde los antiguos griegos, los humanos hemos prestado atención al lenguaje y a la comunicación animal, pero la etología, el estudio científico de la conducta y la comunicación animal, despegó de veras alrededor de 1950, y en los últimos años se ha centrado cada vez más la atención en el lenguaje animal. Las investigaciones más recientes demuestran que otros animales se comunican entre sí de una manera mucho más compleja de lo que anteriormente se pensaba. Pero, a pesar de ello, poco se ha escrito sobre la relevancia de este descubrimiento para ellos y para nuestra comprensión del lenguaje. ¿Podemos llamar «lenguaje» a la comunicación de

otros animales? ¿Podemos hablar con otros animales y, en caso afirmativo, cómo? ¿Es especial el lenguaje humano o lo son todos? ¿Qué es el lenguaje al fin y a la postre?

Mi objetivo en este libro no es ofrecer un panorama general de todos los lenguajes animales: todavía sabemos muy poco sobre los muchos tipos que hay y existe un número inmenso de especies diferentes, cada una con su propio lenguaje o lenguajes. Lo que haré aquí será repasar las investigaciones empíricas sobre los lenguajes animales y las preguntas filosóficas que estas suscitan. Mi intención es mostrar la riqueza de los lenguajes de los animales que nos rodean y explorar cómo lo que aprendamos puede transformar nuestra manera de pensar en ellos.

La inteligencia animal se mide desde hace mucho tiempo en función de la inteligencia humana. Por ejemplo, se han realizado experimentos para investigar la capacidad de los animales para resolver rompecabezas en comparación con la de los humanos. Jamás puntuarán tan alto como nosotros en esas clases de pruebas, porque sus sentidos se han desarrollado de forma diferente, toda vez que necesitan otras destrezas para sobrevivir. Pero también ocurre lo contrario: desde el punto de vista de las hormigas, probablemente los humanos no son muy inteligentes, pues no son tan buenos en el trabajo en equipo; desde el punto de vista de las palomas, los humanos poseen una consciencia espacial muy limitada; y desde el punto de vista de los perros, los humanos adolecen de la incapacidad de guiarse por el olfato. En el capítulo 1 analizo experimentos en los que se ha intentado enseñar a los animales a expresarse en lenguaje humano, y exploro lo que estas pruebas revelan acerca del funcionamiento del lenguaje.

En biología, la inteligencia se concibe actualmente como la facultad de afrontar los desafíos propios de la especie.[5] La comunicación de los animales está adaptada a sus entornos vitales específicos y se basa en sus capacidades físicas y cognitivas. Las ballenas, por ejemplo, utilizan con frecuencia el sonido, pues este viaja rápidamente bajo el agua; el olfato y la vista resultan menos útiles en el océano. Al emitir sonidos muy graves, los elefantes pueden comunicarse a varios kilómetros de distancia. Los murciélagos, por su parte, usan sonidos muy

agudos para estudiar su entorno al desplazarse y al cazar. Estos animales han desarrollado, asimismo, sistemas de comunicación muy complejos, que en ciertos sentidos son similares al lenguaje humano. En el capítulo 2 estudio los lenguajes en el mundo animal y los exploro en mayor profundidad.

Dado que los animales no suelen expresarse en lenguaje humano, a veces pensamos que no tenemos modo alguno de saber lo que están pensando. Somos capaces de entender a las personas porque hablan; el lenguaje nos permite acceder a su mundo interior. Los animales no hablan, por lo que serán siempre un misterio. Pero también podríamos preguntarnos si llegamos de veras a entender lo que están pensando o sintiendo nuestros congéneres. El lenguaje puede ser engañoso: quizá alguien te diga que te quiere y más tarde lo niegue. A veces se producen malentendidos: tal vez alguien te diga que te quiere y tú lo interpretes en un sentido romántico, cuando en realidad se trata de una simple declaración de amistad. El lenguaje no está exento de ambigüedad, ni tampoco las personas. Es imposible tener pruebas contundentes de lo que otros seres humanos están pensando. De hecho, algunos filósofos afirman que jamás podremos tener constancia siquiera de que piensan. Por otra parte, cabe preguntarse por qué nuestra pertenencia a una especie en concreto debería determinar nuestra comprensión de los demás. A los humanos nos gusta categorizar, pero, aunque otros animales se expresen y perciban el mundo de diferentes modos, seguimos compartiendo bastantes cosas. La especie no determina la comprensión; los factores sociales son igualmente importantes. Si conoces bien a un animal —por ejemplo, a una mascota con la que compartes un hogar—, es probable que lo comprendas mejor que a un ser humano de una cultura completamente diferente. En el capítulo 3 analizo las conversaciones entre los humanos y los animales domésticos con los que compartimos nuestra vida: nuestros perros, gatos, conejillos de Indias y loros, así como con animales de granja como las ovejas, los cerdos y las vacas. A continuación, en el capítulo 4 examino el papel del cuerpo en el pensamiento, y desarrollo un enfoque fenomenológico de la investigación del mundo animal.

En el capítulo 5 exploro más a fondo la estructura de los lenguajes animales. Durante mucho tiempo se ha pensado que

solo los lenguajes humanos tenían gramática y que los de los animales eran principalmente una expresión directa de sus emociones. No obstante, las investigaciones recientes han demostrado que esto no es así; a veces los lenguajes animales también cuentan con estructuras complejas, pueden ser simbólicos y abstractos y referirse a situaciones del pasado, del futuro o bien fuera del alcance de los animales en algún otro sentido.

Una de las formas en las que los animales se comunican entre sí es jugando y, al hacerlo, pueden decir asimismo algo acerca de su juego. Esto es lo que llamamos «metacomunicación»: la comunicación acerca de la comunicación. En el capítulo 6 me centro en la relación entre el juego, el lenguaje, la metacomunicación y las reglas, y analizo la moralidad de los animales.

Puede antojarse inverosímil pensar en el lenguaje de los animales, como si existiera un abismo entre nuestras formas de comunicación y las suyas, y como si el lenguaje humano fuera más elevado, algo que los animales jamás serán capaces de lograr. Sin embargo, no hace tanto tiempo que a las mujeres se las juzgaba irracionales e incapaces de tomar decisiones políticas.[6] En el pasado a las poblaciones no occidentales colonizadas tampoco se las consideraba seriamente cuando tomaban parte en las conversaciones. A título de ejemplo, no se reconocían los derechos de propiedad de los aborígenes australianos, pues no se adscribían al sistema de leyes y reglamentos de los colonos europeos. En el capítulo 7, la conclusión, analizo el papel del lenguaje en la política. Pensar en el que utilizan los animales y en el uso del lenguaje con ellos puede ayudarnos a formar nuevas comunidades y relaciones, así como a observar críticamente su posición en nuestra sociedad.

Cuando empleamos el lenguaje para escribir o pensar sobre el propio lenguaje, estamos siempre influidos por él, lo cual complica su estudio. Wittgenstein lo compara con arreglar una telaraña con los dedos.[7] El lenguaje puede confundirnos, porque su forma equipara cosas que no son iguales. Tomemos, por ejemplo, la palabra «animales». Esta da la impresión de trazar una línea divisoria que separa los humanos de los

animales. Ahora bien, como apuntara el filósofo Derrida, un gorila y una araña tienen menos en común que un humano y un gorila.[8] Los antiguos egipcios no disponían de ningún nombre colectivo para todos los animales distintos de los seres humanos, aunque sí que contaban con nombres para las diferentes especies.[9] Dado que tenemos una palabra que engloba a todos los animales, experimentamos con más fuerza la frontera entre los humanos y otras especies. A su vez, esta percepción refuerza el antropocentrismo, la idea de que los humanos somos el centro de la existencia,[10] lo cual puede conducir a la opresión o incluso a la violencia contra los animales.

Las palabras tienen poder. Los términos que empleamos reflejan las creencias que existen en nuestra cultura e influyen en ellas. El lenguaje expresa la realidad al tiempo que la moldea. Para indicar que existe una línea de continuidad entre humanos y animales, los filósofos del mundo animal escriben con frecuencia acerca de los humanos y «otros animales», o acerca de los animales humanos y los no humanos.[11] En este libro utilizo ambos términos; si uso la palabra «animal» para designar a los demás animales, lo hago en aras de la concisión y porque se entiende a qué se refiere. No estoy diciendo que los humanos no sean animales ni que sean una especie especial, pues todas son especiales a su manera.

Ahora bien, el lenguaje no solo nos confunde, sino que también puede construir un puente entre mundos diferentes. Si aprendemos más cosas sobre los animales, tal vez seamos capaces de interactuar más satisfactoriamente con ellos. Algunos humanos querrán tratarlos mejor. De la misma forma en que nos entendemos a nosotros mismos y comprendemos el mundo por medio del lenguaje, el pensamiento acerca del lenguaje es una herramienta prometedora en la interacción con otros animales. Al lograr una mejor comprensión de lo que dicen, al contemplarlos y escucharlos mejor, podemos llegar a conocer en mayor profundidad sus mundos y sus experiencias. Al explicar mejor lo que decimos, de maneras comprensibles para los animales, podemos formar nuevos mundos compartidos. Esto no conllevará que todos los animales y todos los humanos convivamos en perfecta armonía, del mismo modo que los humanos somos incapaces de vivir en armonía con todos nuestros congéneres. No obstante, podría ayudarnos a hallar soluciones

para ciertos problemas prácticos asociados con la convivencia —y tal coexistencia resulta inevitable—, así como a explorar nuevas relaciones en un mundo dominado por los humanos.

A las personas que escriben sobre el lenguaje de los animales se las acusa a menudo de antropomorfismo, la atribución de características humanas a otros animales. Esto se considera un enfoque poco científico e indeseable, que proyecta una visión humana sobre un animal. Aunque este antropomorfismo ocurre, en efecto, ello no significa que jamás podamos decir nada sobre los pensamientos o las emociones de otros animales, ni que los estemos humanizando automáticamente cuando estudiamos características particulares. En realidad, los conceptos existentes pueden ayudarnos a investigar a otros animales, siempre y cuando mantengamos una visión crítica y abierta. Además, cierto grado de antropomorfismo es inevitable. Como humanos, tenemos por naturaleza una visión humana de las cosas. Carecemos de acceso a una realidad objetiva, a un punto en el espacio desde el que contemplarlo todo. La negación de caracteres humanos en otros animales, también denominada «antroponegación», puede oscurecer el panorama con la misma facilidad.[12] Durante mucho tiempo, la gente se ha preguntado si los animales —y los bebés— podían experimentar el dolor. Pocos científicos niegan hoy esta posibilidad, pero este escepticismo ha ocasionado sufrimiento a muchos animales.

## LENGUAJE, FILOSOFÍA Y MUNDO

El lenguaje desempeña un papel importante en nuestra manera de pensar en las personas. Muchos filósofos de la tradición occidental consideran que el lenguaje humano es único, y algunos creen incluso que es fundamental en nuestra condición humana. Para Aristóteles, su dominio era necesario para establecer una distinción entre lo bueno y lo malo, por lo que determinaba quién podía pertenecer a la comunidad política y quién no.[13] Descartes creía que, partiendo del hecho de que los animales son incapaces de hablar, podemos deducir que no piensan.[14] Kant, el filósofo ilustrado, concluía que estos carecían de *logos* o razón y, por ende, quedaban excluidos de la comunidad moral.[15] Para el fenomenólogo Heidegger, el

lenguaje es tan importante a la hora de determinar nuestro lugar en el mundo que aquellos que carecen de él no pueden morir, simplemente desaparecen.[16] Todos estos filósofos definían el lenguaje como lenguaje humano, excluyendo de forma automática a los demás animales. Para ellos, el lenguaje estaba conectado con el propio pensamiento, y lo concebían como una expresión de la razón.

Estas cuestiones siguen siendo importantes en la sociedad y la política actuales. Dado que los animales no humanos no se expresan en el lenguaje humano, los creemos incapaces de actuar políticamente, y esto entraña consecuencias para su posición en los sistemas políticos y legales. Si no entendemos a los animales, asumimos con frecuencia que lo que nos comunican no tiene un significado, y cuando ellos no nos entienden a nosotros los consideramos estúpidos. Puede parecer lógico que los animales no tengan derechos y que los humanos no los escuchen; la sociedad humana prioriza los deseos y las necesidades de sus miembros. El problema estriba en que estos determinan en gran medida la vida de muchos animales. Las mascotas viven con personas y a menudo tienen poca libertad para tomar decisiones o para desarrollarse, mientras que los animales salvajes lidian con la influencia humana, con las poblaciones humanas que ocupan o contaminan su territorio.

Nuestra forma de pensar en los animales está conectada con nuestra manera de tratarlos. Tomemos el ejemplo de Descartes, quien consideraba que carecen de alma. Deducía esto del hecho de que no poseen intelecto, lo que colegía a su vez de su incapacidad de hablar.[17] Incluso las personas sordas que son incapaces de comunicarse con la voz, explica, pueden expresarse no obstante en el lenguaje humano de una u otra forma. A su juicio, los animales son tanto mudos como estúpidos, ya que son completamente incapaces de expresarse de este modo. Los animales que repiten palabras —él pone el ejemplo de la urraca— lo hacen sobre la base de impulsos que los motivan a realizar una acción para lograr una recompensa. Descartes creía que el cuerpo era puramente mecánico, algo que funcionaba como un reloj: dado que los animales carecen de alma y, por consiguiente, son solo un cuerpo, son de hecho una especie de máquina. Por esa razón los llamaba *bêtes-machines*. Y como los animales son solo cuerpos, no pueden sufrir ningún dolor. Quizá griten cuando

alguien les clave un cuchillo, pero no se trata de una expresión de dolor, sino de una mera reacción mecánica. Descartes estaba interesado en el funcionamiento de los cuerpos y era un defensor de la vivisección, lo cual lo sitúa en los comienzos de la experimentación animal que todavía perdura en nuestros días.

Determinar si otros animales cuentan o no con lenguajes podría parecer básicamente una cuestión de investigación empírica. Sin embargo, la información procedente de estos estudios siempre ha de ser interpretada. Las preguntas de la investigación determinan las respuestas que otros animales pueden dar y están marcadas por el sesgo social.

La filosofía puede servir de herramienta para investigar cómo funcionan las cosas de verdad. Por una parte, este es un proyecto crítico: los juicios y las opiniones existentes no son automáticamente verdaderos por el mero hecho de que mucha gente se los crea. Por otra parte, es experimental: el pensamiento puede arrojar una nueva luz sobre las experiencias, modificando así nuestra comprensión del mundo. Wittgenstein sostiene que la tarea de la filosofía consiste en hacernos observar la realidad de un modo diferente. Pensar acerca del lenguaje y de los animales puede ayudarnos a ver ambos con otros ojos.

En este libro recurro a diversas fuentes de conocimiento: la investigación empírica en biología y etología, los conocimientos aportados por las nuevas disciplinas académicas que se centran en los animales, como los estudios animales y la geografía animal, amén de diferentes ramas de la filosofía. Mi punto de partida es que los animales tienen su lenguaje. Esto contradice lo que se ha creído durante mucho tiempo y sustenta las posiciones teóricas que manejo. Me ocupo de las posturas que critican el pensamiento actual acerca de los humanos y los animales, reinterpreto los planteamientos de la tradición filosófica occidental en relación con estos últimos, y abordo otra literatura basada en la idea de que la comunicación con los animales es posible y que sus lenguajes son dignos de estudio. El hecho de que los animales se expresen de maneras diferentes a la nuestra no quiere decir que sus lenguajes no tengan un sentido. Negarse por principio a tomarlos en serio porque pertenecen a otra especie supone una forma de discriminación, una expresión de

especismo. Los delfines, por ejemplo, son animales sociales y es conocida su capacidad para comunicarse a menudo entre sí. A nosotros nos cuesta entender su lenguaje, y se están empleando nuevas tecnologías para registrar e interpretar las altas frecuencias que emiten. ¿Quién sabe si llegaremos a ser capaces alguna vez de entender con exactitud lo que están diciendo? Pero sería poco científico, por no hablar de arrogante, decidir de antemano que su comunicación es menos significativa o menos compleja que la nuestra.

La investigación del lenguaje requiere que examinemos los prejuicios imperantes y los adaptemos donde sea preciso. Las preguntas que se formulan determinan las respuestas que los animales pueden dar. Así, si asumimos que carecen de lenguaje y son incapaces de comunicarse significativamente, lo más probable es que la investigación que llevemos a cabo demuestre justo eso. Pero si suponemos que los animales sí se comunican, y quizá de formas complejas, formularemos preguntas diferentes. Estudiar el lenguaje no solo es importante para descubrir cómo se comunican entre sí los animales, sino también para investigar cómo se comunican con nosotros. Los conceptos y las ideas que se han desarrollado en filosofía pueden servirnos de herramientas para dilucidar los modos de comunicación existentes, así como para inspirar a otros para pensar más profundamente por sí mismos.